

Martínico Ventosa

DIRECTOR.

## Precios de suscripcion.

En Zaragoza, 12 rs. vn. el trimestre.

Madrid y provincias, 16 rs. id.

Números sueltos un real y medio.

## REGALO.

Todos los señores suscritores recibirán al final de cada trimestre una vista de Zaragoza litografiada con el mayor esmero.



Martínico Ventosa

DIRECTOR.

## Puntos de suscripcion.

EN ZARAGOZA

En casa de los señores D. Ramon Leon, Viuda de Heredia, D. Miguel Casañet y en la administracion de *El Diario de Zaragoza*

MADRID Y PROVINCIAS.

Remitiendo su importe en libranza ó sellos de correo.

# EL DUENDE.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADORNADO CON LÁMINAS LITOGRAFIADAS REPRESENTANDO CUADROS DE COSTUMBRES, CARICATURAS, VISTAS, ETC.

## La igualdad del paletó.

Los hombres, desde tiempo inmemorial, se han hartado de mojicones.

Los hombres, como galgo corredor, han dado caza, á través de los siglos, á una idea.

Idea sublime, grande, regeneradora, lo que ustedes quieran. ¡LA IGUALDAD!

Y los hombres, tras tantas revoluciones y trastornos, al impulso de una civilizacion siempre creciente ¿han llegado á su meta?

Casi, casi.

Lo que los hombres no han podido conseguir, lo han conseguido los sastres.

Hay que hacer una salvedad. Algunos creerán, al leer esto, que tratamos de elevar ó rebajar de la categoría de hombres á los sastres.

Existe una pequeña diferencia; hoy el vestido hace al hombre; luego los sastres son los que firman el pasaporte á la humanidad; son una *cosa* aparte.

Por eso diremos siempre que han encontrado la *igualdad*.

Sí: todos los hombres son *iguales* bajo un paletó nuevo.

El conde, el duque, el carpintero, el negociante, el actor y el gaitero, son iguales si llevan todos paletó del mismo precio y hechura.

Ahí está el nivel.

En este siglo la apariencia es todo.

Que lleveis patillas de chuleta, bigote ó imperia, nada importa; nadie se cuidará de si sois militar, magistrado ó repartidor de *El Duende*.

Un paletó, un paletó de cuarenta duros vale más que otro de veinte; *ergo*, el individuo que se abri-

con el de cuarenta es mas persona, de mas categoría que el pelele que se arroja con el de veinte.

¡La *igualdad* del paletó!

¿Quereis que todos seamos *iguales*?

Mandad construir en las fábricas nacionales y extranjeras paños todos idénticos, de igual forma, dibujo y precio. Estableced la tasa en las costuras, y la nivelacion será un hecho.

Vestid á la humanidad como á un regimiento.

Hasta tanto, si es cierto que los sastres han encontrado la *igualdad*, es lo positivo que el hombre, por mas que diga lo contrario, está reñido con ella.

Vedle, con cuatro mil reales de renta, lucir en vez del modesto paletó de catorce pesos, el flamante gabán de ochocientos vellones.

Se dice vulgarmente de este prójimo que se sale de su esfera; convenid conmigo en que está muy dentro, y que su esfera se halla muy bien acolchada.

Donde brilla, sí, en todo su poderío la niveladora tijera, es en un convite diplomático.

Allí, los convidados todos, desde el *excelentísimo* señor hasta el simple y sencillo *usted*, todos están de frac negro y guante blanco.

Los *camareros*, los que os han de presentar los platos, tambien los teneis vestidos como vosotros mismos, con el mismo frac é idénticos guantes.

Solo, allá en el fondo, el cocinero se presenta vestido todo de blanco.

¿Será para simbolizar la inocencia?

Puede ser; el pobre no tiene la culpa de que os enveneneis con sus guisotes.

Al ver al *camarero* que presenta el *puré* al ministro, no os ocurre que, sin que chocara á la vista, podría muy bien sentarse el *camarero* y alargarle el magnate el plato?



Conste que los sastres son los que caminan á la cabeza de la civilizacion.

Conste la *igualdad* ante el paletó.

Y conste que me voy á almorzar y que concluyo este artículo.

## RAM PATAM.

### Marcha fúnebre.

#### ESCENA I.

APARECE EL CARRO DE LOS MUERTOS.

*El caballo de la denecha.*

¡Tiempos felices en qué gran bocado de cebada tenia!

Fugaces han pasado

aquellos tiempos en qué yo servia

al gran Mah-amud, que de la paz en prenda, me regaló al cristiano, como ofrenda.

*El de la izquierda.*

Sobre mí, la condesa mas de moda, sobre mí cabalgaba;

y era de ver como la gente toda á entrambos admiraba.

Hoy es mi porvenir triste y menguado, la plaza de los toros...! ¡Desdichado!!!

*El cochero.*

Arre: porque hoy los muertos van de prisa huyendo de este mundo.

Unos vivos les lloran; yo la risa

no puedo contener ni aun un segundo;

que de los muertos vivo y su propina,

y al prógimo le doy contra una esquina.

#### ESCENA II.

EN EL COCHE DEL DUELO.

*Un pariente.*

Pobre Don Serafin; era sugeto

de todos muy querido;

era en todos sus tratos muy completo;

buen padre, buen marido.

(*Aparte.*) Si pudiera atrapar su clientela...

Mandé mi circular junto á su esquila.

*Un amigo.*

Yo aprecié su virtud, que cautivaba

todos los corazones.

Dicen que su mujer mucho le amaba...

(*Aparte.*) Por sus rubios doblones.

Que era un hombre muy rico nadie duda. Vamos á consolar pronto á la viuda.

*Un primo.*

¿Y no deja heredero? Yo lo siento!

*El amigo.*

Su viuda es la heredera.

*El primo.*

Eso falta que ver. (*Aparte*) Que no consiento el que una bachillera

lleve tanto millon... tanto embeleso.

Pleito tendrá la muy... ¡Pues bueno es eso!

*Otro amigo.*

Hermosa la mañana nos convida á dar un paseito...

Confesemos que es gran cosa la vida...

Y tengo un apetito...

Nunca faltó á un entierro; es mi recreo, *gratis*, dar en un coche, un buen paseo.

SIGUEN LOS DEMAS COCHES.

#### ESCENA III.

EN LA CALLE LOS CURIOSOS.

*Un pobre.*

¡Anda! ¡Cuanto boato, cuanto coche...!

Vanidad de la muerte!

Si me muero de hambre alguna noche

¡llevarán de esta suerte

al tío Pocapanza el pordiosero?

Para morir con honra, don dinero.

*Un renegon.*

Vaya un carro, señor, destartado

y vaya un aparejo,

tan sucio, tan ruín y mal parado.

¿En qué piensa el concejo?

En Lóndres, en Pekin, Lisboa y... Codo

se lleva á un muerto de distinto modo.

*Ri- Qui.*

Anda en paz y descansa allá en el cielo, sin pizca de cuidado;

que no le ha de faltar pronto consuelo, si alguno te ha llorado.

Triste es decirlo; pero Dios lo quiso;

y lo que es por aquí, nadie es preciso.

### ¿Qué sucede?

Silencio fatal: calma asombrosa.

Aquí no sucede nada. Absolutamente nada.

Sesenta mil y pico de individuos, qué no tienen de qué hablar!



¡Qué horror! ¿Para cuándo son los rayos?  
Los rayos son para el verano.  
Ahora solo hay nieblas y neblinas, vientos y viente-  
tecillos, frío y fresco.  
¡Estamos frescos!  
¡Y tanto como lo estamos!  
Ayer heló, hoy hiela, mañana helará.  
Nos hemos quedado helados!  
Tales cosas suceden que el caso no es para menos.  
Lector, ¿has visto la hoja publicada por el astróno-  
mo celeberrimo?

Léela, lector.  
Verás cuanto dislate, cuanta ignorancia, cuanta  
gracia.

Dicen que la desgracia necesita compasion y con-  
suelo.

Compadezcámonos y consolemos.  
El astrónomo ó mancebo de astrología se desata en  
improperios contra *El Diario* y contra *El Saldubense*.

Un muchacho, oyendo leer á un ciudadano la suso-  
dicha hoja, exclamó muy oportunamente:

—¡¡Melon!!

Vaya, lector, forma el duo.

¿Lector, has visto *Il Nabuco*?

¿Y has visto á Ferlotti?

Tú lo habrás podido ver, pero lo que es oír....

¿Y qué me cuentas de aquella arquitectura greco-  
latina en el templo de Salomon?

¿Y del silencio del público al concluir aquel magní-  
fico duo de tiple y baritono?

¿Y de otras muchas cosas?

Esto va á dar un estallido.

Segun las últimas noticias de un zapatero ateniense,  
le han roto la cabeza á un naípe de la baraja y le han  
echado de una butaca donde se hallaba sentado.

Esto no puede ser mas moral.

A propósito de comedias. *El padre Gallifa*..... es  
un cura muy *salao*, que amenaza á puño cerrado á  
los franchutes, y les dirige un himno en versos de  
arte mayor, capaz de conmover á las piedras.

Lector; has oido hablar de un periódico que viene  
en lugar de otro que se va...?

*Fin del drama.*

*Jauja, no sé á cuantos, de qué año ni de qué mes.*

Amigo Ri-Qui: Ya me parece que te estoy viendo  
con un palmo de boca abierta, y haciéndote mas cru-  
ces que tiene un general, al leer la fecha de mi pre-  
sente carta, y que te oigo decir: «¡Jauja! ¿Acaso tal  
pais existe?» Pues bien, querido amigo; yo tambien  
estaba en el mismo error que tú, y he tenido que con-  
vencerme ante la evidencia. Yo mismo me hallo en  
este momento en él; sí, en el adorado pais de Jauja:  
y, como no dudo, desearás saber cómo, ó por donde

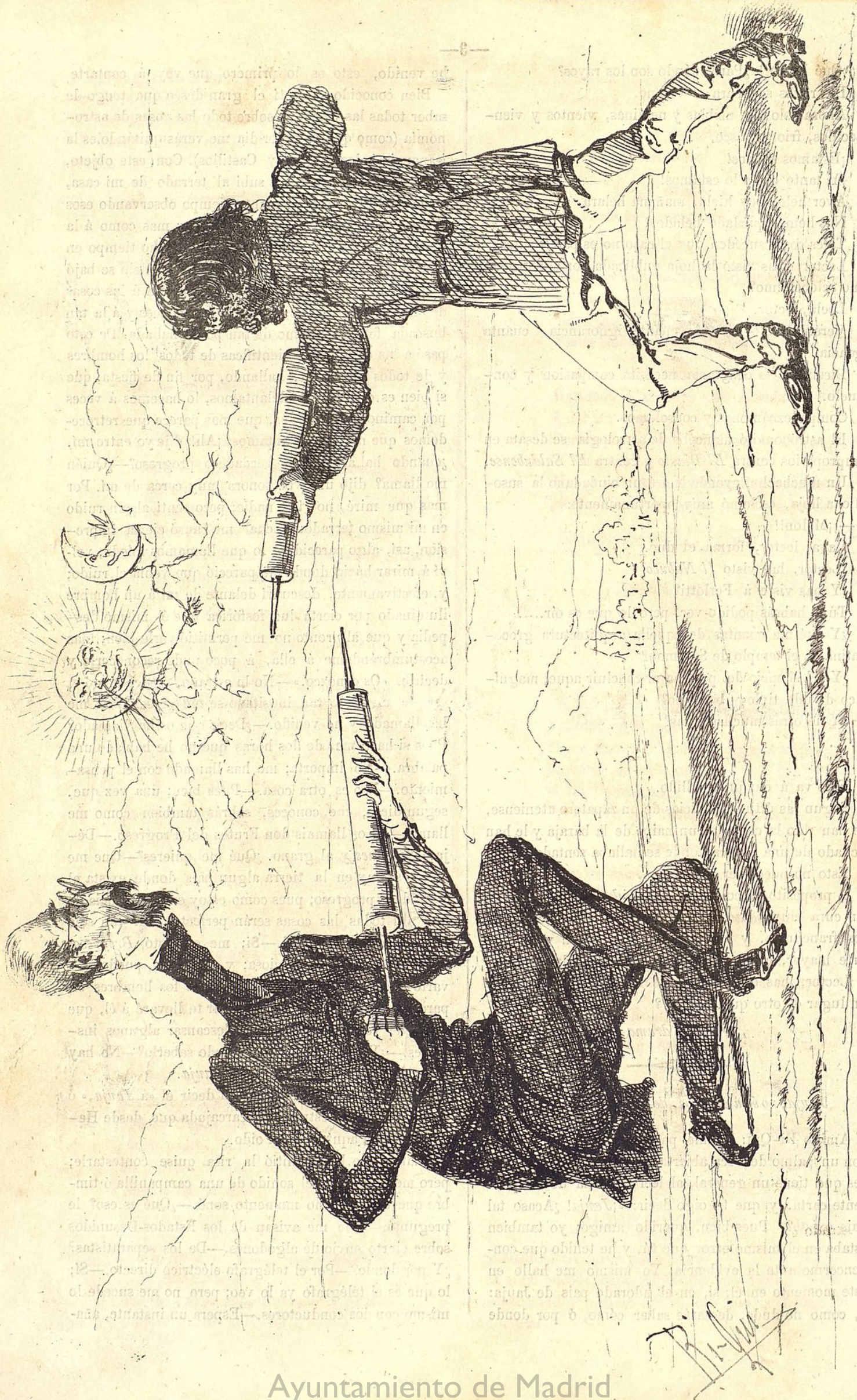
he venido, esto es lo primero que voy á contarte.

Bien conocido es de tí el gran deseo que tengo de  
saber todas las cosas, y sobre todo las cosas de astro-  
nómia (como que el mejor día me verás quitándoles la  
ganancia á los Yagües y Castillos). Con este objeto,  
pues, noches pasadas me subí al terrado de mi casa,  
en el cual estuve no sé cuanto tiempo observando esos  
astros luminosos que llaman estrellas; mas como á la  
imaginacion es muy difícil sujetarla mucho tiempo en  
una misma cosa, empezó á divagar y del cielo se bajó  
á la tierra, principiando por pasar revista á las cosas  
de ella; á sus miserias, á sus efimeros goces y á la tan  
buscada felicidad, como de tan pocos hallada. De esto  
pasó á las conquistas científicas de todos los hombres  
y de todos los siglos, hallando, por fin de fiesta, que  
si bien es cierto que adelantamos, lo hacemos á veces  
por caminos tan torcidos, que mas parece que retroce-  
demos que no que adelantamos. ¡Ah! dije yo entre mí,  
¿cuándo halaremos el verdadero progreso?—¿Quién  
me llama? dijo una voz sonora muy cerca de mí. Por  
mas que miré, no ví á nadie; pero sentí algun ruido  
en mi mismo terrado; lo cual me causó cierta impre-  
sion, así, algo parecida á lo que llamamos miedo; vol-  
ví á mirar hácia donde me pareció que venia el ruido;  
y, efectivamente, descubrí delante de mí á un hombre  
iluminado por cierta luz fosfórica que él mismo des-  
pedia y que al pronto no me permitió verle bien; mas  
acostumbrándome á ella, á poco pude reconocerle y  
decirle. «Os conozco.»—No lo extraño, me contestó el  
que de un modo tan inusitado se me presentaba: me  
has llamado y he venido.—¿Decis que os he llamado?  
Pues si hace mas de dos horas que no he hablado una  
palabra.—No importa; me has llamado con el pensa-  
miento.—Eso es otra cosa.—Pues bien; una vez que,  
segun dices, me conoces, sabrás tambien como me  
llamo.—Sí: os llamis don Frutos del Progreso.—Dé-  
jate de *dones* y al grano. ¿Qué me quieres?—Que me  
digais si hay en la tierra algun pais donde exista el  
verdadero progreso; pues como estoy en la creencia de  
que allí todas las cosas serán perfectas, allí tan solo  
debe morar la felicidad.—Sí; me contestó *Progreso*,  
con cierta sonrisa maliciosa; y si quieres, puedo lle-  
varte á él.—¿Está muy lejos?—Para los hombres sí;  
para mí no; y si te decides á venir te llevaré á él, que  
es donde yo domino y quiero descansar algunos ins-  
tantes.—¿Y qué pais es ese, puedo saberlo?—No hay  
ningun inconveniente; vamos á *Jauja*.

No sé que fué mas pronto, si decir él «á *Jauja*,» ó  
soltar yo la mas estrepitosa carcajada que desde He-  
ráclito hasta aquí se haya oido.

Cuando me lo permitió la risa quise contestarle;  
pero me lo impidió el sonido de una campanilla ó tim-  
bre que en el mismo momento sonó.—¿Qué es eso? le  
pregunté.—Que me avisan de los Estados-Desunidos  
sobre cierto envio de algodones.—De los separatistas?  
¿Y por donde?—Por el telégrafo eléctrico directo.—Sí;  
lo que es el telégrafo ya lo veo; pero no me sucede lo  
mismo con los conductores.—Espera un instante, aña-





El uno.—¡Truenos y rayos... granizo y lluvia!

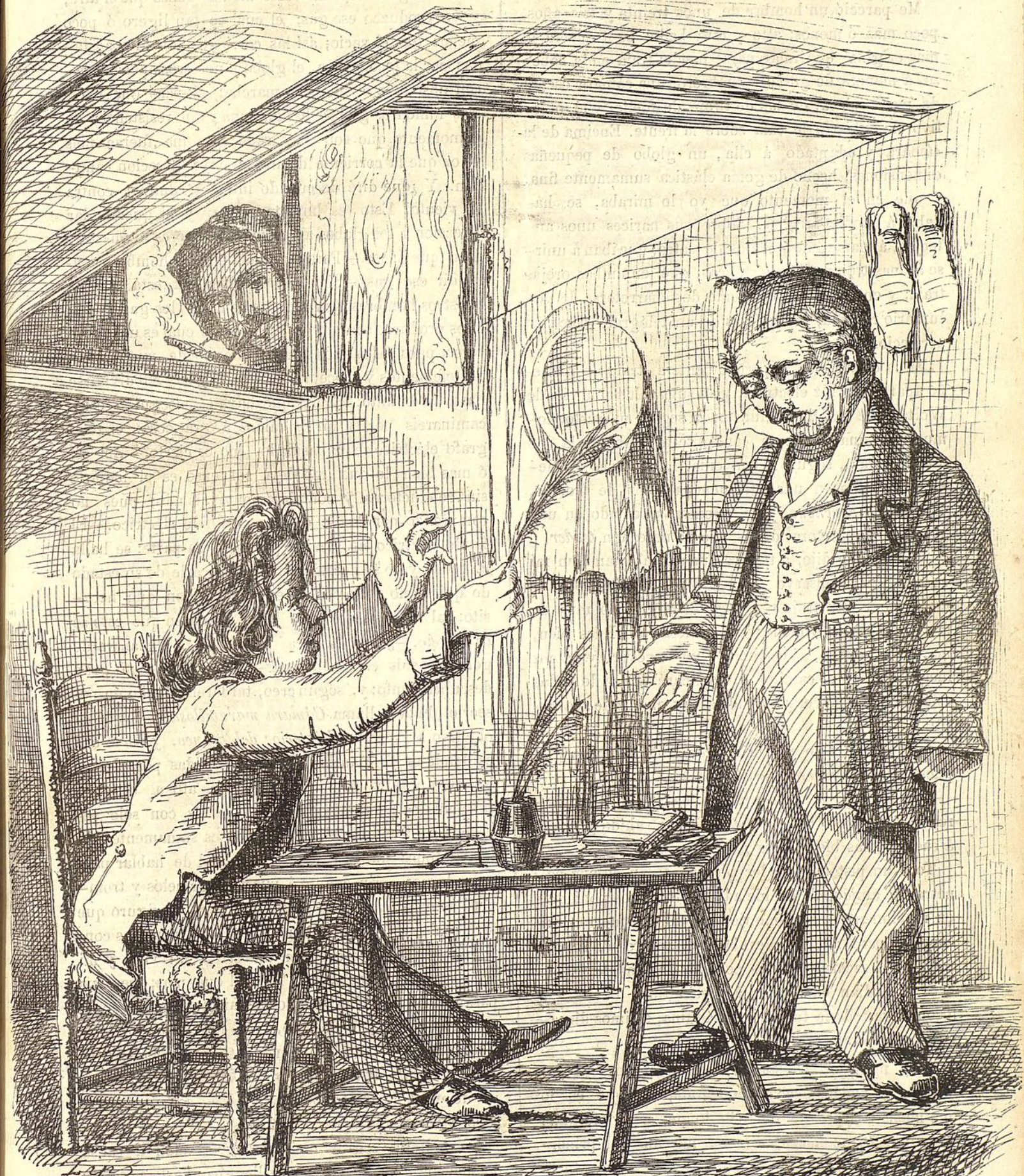
El otro.—Con esta pieza, fundida en Trubia...



# Escena de actualidad.

El otro.—Con esta pieza, fundida en Trubia...

El uno.—¡Truenos y rayos... granizo y lluvia!



¡Es posible... Caballero...!!  
 ¡Esta casa  
 se traspasa  
 con permiso del casero!!!

Ayuntamiento de Madrid



dió, que luego te explicaré cuanto quieras.—Púsose él á contestar, y yo me puse á examinarle disimuladamente.

Me pareció un hombre de unos treinta y seis años, poco mas ó menos; alto y muy bello; su traje era lo mas original que imaginarse puede: traía en la cabeza, á manera de gorro ó sombrero, una cámara oscura de media placa, de las de tiraje de fuelle, y el objetivo descubierto le caía sobre la frente. Encima de la cámara y adaptado á ella, un globo de pequeñas dimensiones, hecho de goma elástica sumamente fina, y que en el momento que yo lo miraba, se hallaba á medio hinchar. Sobre sus narices unos anteojos, á manera de gemelos de teatro, que iban á unirse á unas trompetillas acústicas, que en ambas orejas traía; y en sus hombros, como dos charreteras de voluntario realista, dos esferas de un telégrafo eléctrico perfeccionado.

En la cintura, en la parte delantera, traía un pequeño aparato de luz eléctrica; y en su espalda una pila de Wolta, que haciéndola funcionar segun su gusto, comunicaba una corriente constante al globo, á la luz ó al telégrafo, segun le convenia. Las piernas las llevaba metidas en unas tremendas botas de montar, hechas de *cauchouc*, y se encontraba sentado en una pequeña locomotora, de las que no necesitan *tender*.

—Acabé: me dijo, á tiempo que acababa tambien mi exámen; pero observo que estás tomándome la filiación, y que mi traje te parece extraño y no muy de moda.—No puedo menos de confesarlo.—Pues bien, marcha á vestirme, si es que te quieres vestir, y vamos luego, que en el camino te explicaré el uso de todas estas prendas, y verás que nada hay en él que sea inútil.

Así lo hice, y en un abrir y cerrar de ojos volví, ya puestos mis trapitos de cristianar.

—¿Estás? dijo al verme; pues toma asiento á mi derecha y afánzate bien, no te dé algun vahido y vayas á caer. ¿Estás bien? Pues marchemos.

Tocó un piston de la locomotora, y un silbido penetrante aunque débil, me advirtió que nos poníamos en movimiento, al mismo tiempo que una fuerza desconocida para mí, nos elevaba suavemente por los aires, hasta sacarnos de los peligros que las torres de la S. H. podian causarnos; á cuya altura, dando á la locomotora toda la fuerza de máquina, salimos disparados por los aires.

—Ea, me dijo, ya estamos en marcha con toda felicidad, y puedes decirme con franqueza qué es lo que mas te sorprende de todo lo que has visto.—Os diré, que lo que mas admiración me causó al principio fué vuestro telégrafo; pero en este memento lo que mas me atormenta es saber en virtud de qué fuerza desconocida nos sostenemos en el aire.—Es muy sencillo. ¿No has visto encima de la cámara que me sirve de sombrero un globo de pequeñas dimensiones? Pues bien; él es quien nos sostiene en la atmósfera.—Ya me lo habia figurado; pero ¿cómo un

globo tan chico tiene la suficiente fuerza para sostenernos?—Te lo explicaré; todo el mérito está en producir un gas diez mil veces menos denso que el aire, y yo produzco ese gas; el cual es tan ligero ó poco menos que el vacío; así las corrientes de aire agitadas por la locomotora, el globo y nosotros apenas ofrecen obstáculo á nuestra marcha; al paso que vuestros inmensos globos hallan una gran resistencia en el momento que son impulsados por una fuerza mas veloz que la corriente de aire en cuya dirección caminan. Y ¿qué diré de cuando intentan caminar contra el viento? Esto es hoy imposible; y si quereis dar dirección á los globos aereostáticos, esto es lo que tendreis que hacer.—Pero será posible á los hombres conseguir ese gas?—Sí; toda la dificultad está en que vuestros hombres científicos creen que los gases que ellos producen son cuerpos simples; lo cual es un grave error; pues todos ellos son compuestos de muy variados elementos y susceptibles de dividirse y subdividirse hasta lo infinito. El día que hayan conseguido ésto, caminareis por el aire. Vamos á otra cosa: el telégrafo eléctrico te ha pasmado, ¿no es cierto?—Así es, ó mas bien lo que me deja suspenso es el hallarlo sin conductores y completamente aislado; pues no comprendo por donde camina el fluido eléctrico.—El fluido eléctrico no camina por ninguna parte; se halla en todas y no se necesita mas que sacarle de su estado de quietismo y colocarlo en la dirección que necesita; tal vez no está muy lejos el día en que esto se os revele.—¿Y la cámara oscura que, á manera de gorra, llevais en la cabeza?—¡Oh! Ese es mi gran descubrimiento; y, segun creo, tardareis mucho en poseerlo. Esta se llama *Cámara maravillosa*; pues en su objetivo se retrata *el interior del cráneo*, y como allí es donde se forman las ideas, trasmitidas por el objetivo á nuestro nervio óptico, y de allí al cerebro, sabemos los pensamientos de los demás con solo ponernos en frente de ellos; lo cual es sumamente cómodo; pues nunca tenemos necesidad de hablar para entendernos.—En cuanto á vuestros gemelos y trompetillas acústicas nada pregunto; pues me figuro que sereis miope y sordo; y por eso las llevais puestas continuamente.—Pues estás en un error. Mi vista y mi oído son tan finos como los del que mas; pero no pasan de ahí.—Entonces los llevais por moda, como nuestros pollos.—No es eso, sino que estos dos sentidos son en el hombre sumamente imperfectos; pues á muy cortas distancias ni ve ni oye; por eso me sirvo de estos aparatos perfeccionados, con los cuales oigo y veo á una distancia inmensa.

No pudimos seguir nuestra conversacion á causa de una infinidad de voces que llegaban hasta nosotros gritando ¡*Jauja!*! ¡*Jauja!!!*! Entonces dijo mi conductor.—Ya hemos llegado; bajemos.—Así lo hicimos, pero tan dulcemente, que ninguna oscilación se advertia.—¿Habeis abierto la válvula? le pregunté.—No; mi globo no tiene válvula; pues perdería en seguridad. En su lugar, voy introduciendo en él ga-



ses mas densos, merced á ellos, ya lo ves, en este momento tocamos tierra.

Así era, efectivamente: acabábamos de poner los pies en el célebre pais de *Jauja*.

(*Se concluirá.*)

## El hidrófobo.

### Romancin.

Estoy bufando de rabia;  
estoy hecho un puerco-espin;  
estoy echando veneno  
y estoy ansiando decir  
que me aburro, y que me hastío,  
de estar vejetando así.

No puedo mirar impávido  
tanto y tanto zascandil,  
que por calles y plazuelas  
van siendo el hazme reir.

No puedo ver tanta farsa  
como se vé por ahí,  
ni tanto *puff* insolentes  
importados de Paris.

Me apesta oír á los necios  
que se alimentan aquí,  
renegar de aqueste suelo  
donde vienen á vivir.

Me carga escuchar á veces  
á un *dilettante* incivil,  
que asesina á Donizzetti,  
como si fuera un malsin.

Me revienta la presencia  
de rostros de color gris,  
estucados y pintados  
con ungüento de arlequin.

Me encocoran las muchachas,  
que siendo de sangre vil,  
las echan de sangre verde,  
teniéndola carmesí.

Me irritan los polli-pavos  
que quieren tener *esprit*  
y cifran toda su dicha  
en copiar un figurin.

Me dan sudores de muerte  
los mil y los mas de mil  
literatillos ramplones,  
que no saben escribir.

Me causan dolor de muelas  
los vestidos de *poplin*,  
cuando cubren algun cuerpo  
de una puerca fregatriz.

Me fastidian los sermones,  
que acostumbramos oír,  
político-filosóficos,  
llenos de intencion hostil.

Me espantan los comediones,  
que, cansados de dormir,  
se levantan de su tumba,  
y nunca tienen *buen fin*.

No puedo aguantar con calma  
que un herido de Austerlitz  
pida limosna, cantando  
lo que no se debe oír.

Estoy cargado, señores,  
harto de vivir así;  
dicen que este siglo es bueno:  
no lo puedo resistir.

La humanidad está tonta;  
el mundo es un zascandil,  
que no hace mas que dar vueltas,  
lo mismo que un volatin.

Reniego de su idiotismo;  
reniego del mundo, sí,  
que me dá tales disgustos,  
y me causa tal *esplin*.

Llévete el diablo, universo;  
anda, vete con cien mil  
y doscientos de á caballo,  
no me dés mas que sentir.

Estoy de un humor de perros;  
estoy hecho un saltarin,  
con tanto ataque de nervios  
como tengo que sufrir.

*Vade retro*, musa necia;  
no me inspires, ¡pesiamí!  
que voy á volverme loco  
si no me tornas feliz.

¡Uf, qué frio....! ¡Qué calor....!  
¡Uf, qué mundo zarramplin....!  
Estoy furioso, señores,  
yo no puedo resistir.

### Apreciabilísima Paula L.

Dos epístolas tuyas he recibido en el trascurso de poco tiempo, y en ellas prueba usted, que—dejando á un lado la escoba y el estropajo—se ocupa en leer los números de *El Duende*. Cosquillas hizo á usted, no sé en qué parte, el artículo titulado LAS CRIADAS; y aquel motivó la primera misiva de usted á *Martinico Ventosa*. Si entonces no se hizo á la clase de domésticas domesticadas la justicia que usted reclamaba y que *El Duende* está pronto á hacer desde el individuo mas bajo hasta el mas elevado de la sociedad, desde el que trabaja en las minas mas profundas hasta el que repica las campanas de los mas enhiestos campanarios, culpa fué, no de nuestra voluntad, que es tan grande como



el hambre de un cesante, la impaciencia de un novio enamorado y la elasticidad de ciertos hombres, sino de ausencias, enfermedades y percances, que doblaron la intencion del bien intencionado *Martinico Ventosa*.

Una segunda carta de usted, conteniendo sellos de franqueo, viene á recordarme que, á fuer de galante con el bello sexo, (porque sé montañésica, que usted es bella) debo una reparacion; que pedida por usted, y concedida por mi propia honra, estoy pronto á dar libre, leal y francamente. En ella diré de *muchos amos* algo mas de lo que dije de *muchas criadas*; en ella pondré á las buenas maritornes en el lugar que las corresponde; y ha de ser tal mi artículo, que despues de haberlo leído,—por que lo recibirá usted,—será tan grande su satisfaccion y su contento, que las seguidillas que usted entone se oirán desde nuestra redaccion; y en esa cocina bailarán de gusto las sartenes con los pucheros, el almirez con la aceitera y el badil con la escoba.

Conque, Paula de las Paulas, tenga usted la necesaria paciencia, que pronto sabrá complacer á usted su apasionado y obligado—*Martinico*.

El jueves se celebró con gran pompa la fiesta que los artilleros dedican á su escelsa patrona Santa Bárbara. La iglesia de San Cayetano, donde tuvo lugar la fiesta, estaba magníficamente adornada y alumbrada, y la escogida concurrencia que asistió al templo quedó complacidísima de la brillantez y religiosidad del distinguido cuerpo de Artillería. Predicó el señor Suarez, y se cantó por una numerosa orquesta la misa del señor Olleta.

## TEATRO.

*Nabuco*, *Otra casa con dos puertas*, y *Por seguir á una mujer* han sido las tres novedades de la semana.

Diremos cuatro palabras acerca de la ejecucion de estas obras.

La ópera del maestro Verdi, *Nabuco*, fué bien cantada, sobresaliendo la señora Ida Edelvira y los señores Morelli-Bartolani y García. Los coros muy bien y la orquesta como siempre.

Lo que no podemos dejar sin correctivo es la falta de direccion, particularmente en el aparato escénico. ¿Es acertado ofrecer un templo como el de Salomon, con columnas de arquitectura greco-romana, y en los estandartes de los soldados la inscripcion romana S. P. Q. R. y otras frioleras, que omitimos por no fatigar al curioso lector? Faltas son estas de

demasiado bulto y que pueden evitarse con algo de voluntad y de cuidado.

*Otra casa con dos puertas*, preciosa comedia, tiempo há no representada en este teatro, hizo las delicias del público, siendo muy bien interpretada por las señoras Duclós, Martin, Calmarino y Menendez, y los señores Guerra, García (D.), Parreño y Compte.

Es lástima que la generalidad del público, de aquel que llena el teatro, sea tan poco aficionado, y lo manifiesta así con su falta de asistencia, á este género de espectáculos que tanto deleitan y que tan acertadamente desempeñan nuestros actores. Hay comedias tan bonitas, tan amenas, que serian tan bien interpretadas y que—estamos seguros de ello—nos daria la empresa, si con ellas no viese perjudicados notablemente sus intereses! Francamente lo decimos; no comprendemos el gusto del público, ó mas bien creemos que no hay en el público un gusto determinado. Obras se han *silbado* en el teatro *Principal*, que han sido inmediatamente despues aplaudidas estrepitosamente en el de *Variedades*. El éxito que *Guzman el Bueno* acaba de tener en este teatro ¿lo tendria en aquel si se intentase presentarlo? No nos atreveríamos á asegurarlo. Y sin embargo, los actores son los mismos; mucha parte del público de *Variedades* es el mismo tambien de el *Principal*. ¿En qué, pues, consiste esta divergencia de opiniones y de fallos? Consiste... consiste... en la consistencia. Otro dia, quizá, nos ocurra decirlo; por hoy nos contentamos con apuntarlo.

*Por seguir á una mujer* es un disparate que hace reir hasta desternillarse. Es una de las muchas cosas de Olona; de las que el público dice *esto es una majadería*; pero que al mismo tiempo celebra, aplaude y ve con placer una y muchas veces. Varias se han puesto en escena en nuestro coliseo y muchísima concurrencia ha llenado en tales noches las localidades. ¿Quién no recuerda al graciosísimo Perico García, en años anteriores, tan perfectamente reemplazado hoy por su hermano Domingo? Para el desempeño de obras como la de que nos ocupamos se necesita un especial acierto: es indispensable que el actor caricatue los personajes de una cosa, que ni es comedia, ni zarzuela; que es una caricatura, un disparate, y tenemos un verdadero placer en consignar que las señoras Fabiana y Martin y los hermanos Garcías, Parreño, Compte, Burou y Barta estuvieron admirables, y fueron perfectamente secundados por el resto de la compañía y coro de ambos sexos. El público rió cuanto pudo, aplaudió á rabiar y salió complacidísimo del teatro.

*Por seguir á una mujer* dará algunas buenas entradas; téngalo presente la empresa, y haga lo posible por darnos obras parecidas al *viaje* del señor Olona.

Basta por hoy. Hasta otro dia.

Editor responsable: MANUEL ALLUÉ

Zaragoza: Imp. y Litog. de Agustin Peiro.—1862